

# JEREMÍAS

## 1. Cuando Israel ha rechazado *la mano* de su Dios

El poderoso imperio asirio, que contaba ya mil quinientos años de existencia y que había acabado estableciendo su dominio sobre todo el Creciente Fértil, al aniquilar al reino de Samaría y preocupando a Judá, demasiado feliz de poder librarse de lo peor al hacerse vasallo suyo, está ahora a punto de hundirse. Jamás volverá ya a levantarse.

Senaquerib y Asurbanipal, sin embargo, todavía se presentaban como grandes reyes; los dos habían reprimido con su puño de hierro los intentos de independencia de Babilonia, pero sus sucesores no tuvieron ya la misma energía. El año 626, se mostraron impotentes para impedir a las hordas escitas devastar la costa oriental del imperio. Además, Babilonia, en donde aquel mismo año Nabopolasar había fundado la dinastía caldea, se despierta de su largo sueño: sus ejércitos derrotan a los asirios en Arafa, el año 615.

Por su parte, los medos de Ciajares se apoderan de Asur el año 614. Sólo faltaba ya la unión de los esfuerzos de sus agresores; su coalición infligió a Sir-Sar-Iskun una serie de severas derrotas, antes de poner sitio a Nínive, el año 612, en donde sucumbió el desgraciado sucesor de Asurbanipal. Tomada Nínive, sus habitantes fueron matados, sus riquezas saqueadas y la ciudad arrasada. En vano Asur- Ubalit intentó reagrupar a las fuerzas asirías, que fueron aplastadas en Cárquemis, el año 609. Asur había sido derrotado.

Fue grande el alivio que sintieron los pequeños estados vasallos, al menos entre la destrucción de Nínive y la batalla de Cárquemis. Nahún se hace intérprete de la alegría desbordada que sacudió entonces a Jerusalén; estaban seguros de haber recobrado la independencia:

«Mirad, viene ya por las montañas el mensajero de la buena nueva, el que anuncia la paz. ¡Celebra tus fiestas, Judá!» (Nah 2, 1).

Pero toda esta alegría no tarda en disiparse: después de un breve dominio egipcio, Palestina conoce en el 605 nuevos amos que, durante algo más de sesenta años, sabrán imponer allí su ley. Gracias a Nabucodonosor, Babilonia viene a sustituir a Nínive.

Un Amos o un Isaías no habrían dejado de encontrar en semejantes convulsiones materia abundante para excitar su imaginación y reforzar sus mensajes. Sofonías, un poco anterior a Jeremías, ve, como sin duda habrían hecho ellos, a Yahvé descendiendo en medio de la tempestad y del huracán, en una teofanía que recuerda la del Sináí:

«Cercano está el gran día de Yahvé, cercano, y llega velozmente.  
¡Ya se oye el ruido del día de Yahvé y hasta el valiente dará gritos de espanto!

Día de ira será el día aquél, día de tribulación y de angustia, día de calamidad y de miseria, día de tinieblas y oscuridad» (Sof 1, 14-15).

Seguramente también sus predecesores habrían creído, lo mismo que Sofonías, en un perdón posible, una vez más:

«Buscad la justicia, buscad la humildad;  
quizás podáis quedar seguros  
el día de la ira de Yahvé» (Sof 2, 3).

Pero Jeremías tiene su mirada fija, no ya en esos acontecimientos trágicos, sino en un drama más profundo todavía:

-«¿Qué ves, Jeremías?  
-Veo una rama de almendro (= vigilante).  
-Bien has visto, porque yo velo por mi palabra para que se cumpla»  
Qr 1, 11-12).

Porque esa promesa tan terrible se cumplirá, aunque se vayan tranquilizando poco a poco, a pesar de las amenazas reiteradas de Yahvé contra la casa de Israel: ¿acaso no perdona él siempre al menor signo de arrepentimiento? Pero, por muy larga que sea, la paciencia de Yahvé no será eterna. Ya está cansado de las «malas mañan» de su «querida» (11, 15); más cansado aún de sus abandonos: las cigüeñas, las grullas, las golondrinas vuelven fielmente cada año en la época de su emigración (8, 7); no se ve nunca a la nieve abandonar la cima del Líbano (18, 14); solamente Israel no se acuerda ya de Dios, sin el cual no es posible vivir:

«Mi pueblo me ha olvidado a mí  
hace ya mucho tiempo» (2, 32).

Ha rechazado la mano salvadora de Yahvé y se ha apartado de él:

«Tú me has abandonado -dice Yahvé-,  
me has vuelto la espalda» (15, 6; cf. 2, 19.27).

Hay en ello mucho más que un olvido o que una señal de ligereza: Israel se ha sublevado contra su Dios y eso no es sólo de ayer:

«Ya hace tiempo que has quebrantado el yugo, has roto tus coyundas y has dicho: 'No quiero servir'» (2, 20; cf. 5, 5).

Sin embargo, Yahvé, en su paciencia misericordiosa, ha respetado siempre la alianza, a pesar de todas las infidelidades de su pueblo:

«¿Por qué dice mi pueblo:  
'Nosotros nos vamos;  
no volveremos más a ti'?» (2, 31).  
«¿En qué me encontraron desleal vuestros padres  
para que se alejaran de mí?» (2, 5).

Pero, puesto que Israel se empeña en traicionar a su Dios, éste se va a retirar de su pueblo:  
«Ya no os concederé más misericordia» (16, 13).

Yahvé se quitará el lastre de ese fardo inútil (23, 33). Se trata ya de una cosa hecha:  
«He dejado mi casa,  
he abandonado mi heredad» (12, 7).

Renunciando a su viña, la abandonará con indiferencia al saqueo  
de cualquiera:

«Arracad sus sarmientos,  
porque no pertenecen a Yahvé» (5, 10).

Una vez que Dios se ha marchado, Israel continuará con su pecado, y ése será su castigo:  
«Tus iniquidades te castigan,  
tus infidelidades te condenan» (2,19).

Se acabaron pues aquellas maravillosas esperanzas que se tenían en la realeza de Yahvé en Sión. Que los sacerdotes y el pueblo, en la coronación del rey Joaquín, celebren con énfasis la inviolabilidad de Jerusalén y de su templo. Que vociferen para quedarse más tranquilos:  
«¡El Santuario de Yahvé! ¡El santuario de Yahvé!

¡El santuario de Yahvé» (7, 4); la verdad es que no hacen más que aturdirse con palabras mentirosas; su fe carece de todo fundamento:  
«Trataré a este templo como a Silo  
y haré de esta ciudad una maldición  
para todas las naciones de la tierra» (26, 6).

En cuanto a la dinastía de David, se extinguirá con Joaquín, cuyo cadáver será muy pronto «arrojado al calor del día y al frío de la noche» (36,30); y el estado, con toda su estructura tradicional, se derrumbará al mismo tiempo que la realeza:

«Ved que yo voy a llenar de embriaguez  
a todos los habitantes de este país,  
a los reyes que se sientan en el trono de David,  
a los sacerdotes, a los profetas  
y a todos los habitantes de Jerusalén.  
Los estrellaré al uno contra el otro, a los padres contra los hijos

-dice Yahvé-, sin misericordia, sin perdón» (13, 13-14).

Y que Israel no espere nada de su culto hipócrita. ¿Acaso engaña a Yahvé? Cuando se canta en el templo:

«Nosotros llevamos tu nombre» (14, 9),

¿no es esto más que una burla? Y ese nombre sagrado ¿no adquiere en labios de Israel cierto sabor de perjurio?

«Cuando dicen: '¡Viva Yahvé!', ciertamente juran en falso» (5, 2).

Por eso, por mucho que intercedan los profetas, Yahvé permanecerá sordo:

«No intercedas en favor de este pueblo» (14, 11).

«Aunque se presentaran ante mí Moisés y Samuel, mi alma no se inclinaría hacia este pueblo. Arrójalos de mi presencia, ¡que se vayan!» (15, 1).

Una mujer repudiada y casada de nuevo ¿puede ser tomada otra vez por su primer marido? (3, 1). Jerusalén será rechazada sin piedad alguna, lo mismo que la vasija mal hecha que destruye el alfarero (18, 4-6), lo mismo que el cántaro que ya no se puede reparar (19, 10-11).

Por otra parte, el pueblo no tardará en desengañarse. Comprenderá entonces que la ruptura se ha consumado y se repetirá lleno de asombro:

«¿Ya no está Yahvé en Sión?

Su rey ¿no está ya allí?» (8, 19).

Y se le responderá:

«La casa de Israel y la casa de Judá

han roto mi alianza,

que yo había concluido con sus padres» (11, 10).

Y los más clarividentes reconocerán, con Jeremías, que las amenazas de muerte que ensombrecían el mensaje de los antiguos profetas no eran más que los signos tangibles de esta ruptura.

Todo esto supone para Jeremías un dolor inmenso. Ningún profeta hubiera podido experimentarlo tan agudamente. Después de la primera cita fallida del mayor de los amores, el sacerdote de Anatot, tan ávido de la intimidad de su Dios, llora sobre la soledad a la que está condenado Israel.

Los recuerdos de los tiempos que no volverán ya a florecer se acumulan en su mente; le evocan aquellas bodas radiantes del Señor con su pueblo:

«Me he acordado de ti, de la afección de tu juventud, del amor de tus desposorios, cuando me seguías por el desierto, en una tierra inculta» (2, 2).

Aquellos días, Israel era las delicias de su Dios, su posesión, una posesión sobre la que nadie habría osado a poner impunemente su mano:

«Israel era la posesión secreta de Yahvé, las primicias de su cosecha; todo el que comía de ella tenía que pagarlo, la desgracia caía sobre él» (2, 3).

Mejor aún: si Yahvé era la gloria de su pueblo (2, 11), también él sacaba su propia gloria de Israel:

«Pues igual que un cinto se ajusta a los lomos del hombre, así había hecho yo que se ajustara a mí toda la casa de Israel y la casa de Judá, para que fuesen mi pueblo, mi renombre, mi gloria y mi honor» (13, 11).

Finalmente, Israel, que está a punto de decir a los ídolos de madera o de piedra: «Tú eres mi padre» (2, 27), ¿no había gozado del extraordinario privilegio de ser mirado por Yahvé como hijo suyo?

«Pensaba yo: Me llamarás mi padre y ya no te alejarás de mí» (3, 19).

Pero toda esa intimidad inaudita se ha perdido... E Israel se ha privado a sí mismo de todo aquello. Nuevo Adán, se ha cerrado a sí mismo el jardín en donde Dios le prodigaba la vida. ¿No era Yahvé para él como una fuente inagotable?

«Me han abandonado a mí, la fuente de agua viva» (2, 13; cf. 17, 13).

Los palestinos conocían demasiado el valor de las aguas vivas, para no velar celosamente por ellas; sin embargo, Israel ha despreciado a ésta, «para excavar aljibes, aljibes agrietados, que no retienen agua» (2, 13).

Por eso ha cesado la vida. Ha muerto la dulzura de los días de tareas apacibles y de alegrías inocentes. Ha muerto la serenidad de las noches que repueblan los hogares:

«He aquí que voy a suprimir de este lugar, a vuestros ojos y en vuestros días, los gritos de gozo y algazara, los cantos del esposo y de la esposa» (16, 9),  
«el rumor de la muela y la luz de la lámpara» (25, 10).

Han muerto también las ceremonias litúrgicas, cuyo esplendor llenaba de asombro la infancia del profeta, de aquel sacerdote, hijo de sacerdote; han muerto las peregrinaciones, las acciones de gracias, las danzas al compás del tamboril. Y esa muerte, que está ya allí, está a punto de tragarse en su sombra fría hasta los cuerpos que sólo aspiraban a gozar de la vida:

«Ha escalado la muerte por nuestras ventanas, ha penetrado en nuestros palacios,

segando a los niños por las calles,  
a los jóvenes por las plazas.  
Los cadáveres de los hombres yacen  
como estiércol sobre la haz del campo,  
como gavillas tras el segador,  
sin haber quien las recoja» (9, 20-21).

Luego, cuando se levante el áspero viento de oriente, dispersando como granos de arena a los que hayan sobrevivido de la matanza, que les habrá obligado a dejar en manos del vencedor sus casas, sus campos, sus viñas (6,12), ¿no se parecerán al moribundo que ve escaparse de sus manos desfallecidas todo lo que había atesorado, poseído y amado en la tierra? Y la dura servidumbre en un país desconocido en donde todo, los hombres y las cosas, les será hostil, en donde habrán de vivir, lejos de aquel Yahvé indiferente en adelante a su suerte, una pobre vida de gusanos, ¿no podrá compararse con la triste condición de los muertos en el sheol? (16, 13; 5, 19).

La naturaleza misma se volverá rebelde contra el pueblo rebelde. No llegarán las lluvias a su debido tiempo, esas gotas de abril que esperan las mieses dispuestas a levantarse (3, 3); las zarzas las ahogarán y los campesinos se desesperarán, llenos de vergüenza al contemplar su magra cosecha (12, 13). ¿Cómo va a ser de otra manera, si todo el país se sentirá manchado? Manchado por las abominaciones de Israel (2, 7), manchado por sus «prostituciones y sus crímenes» (3, 2), manchado por los cadáveres impuros que lo cubren (9, 21). La tierra vomita con horror a los que antes alimentaba, y las ciudades, viudas de sus habitantes (2, 15), serán para siempre un montón de escombros, un 'desierto que dará guarida a los chacales (9, 10). Y aun suponiendo que algunas aldeas se vean respetadas, la gente no se atreverá ya a salir de ellas por miedo a que las devoren las fieras -lobos, panteras y leones-, que se atreverán a acercarse hasta las primeras casas (5, 6). Y, naturalmente, no habrá tampoco rebaños. Ni habrá caza (9, 9).

No hay ya nada que pueda consolar a Israel de haber perdido a su Dios, puesto que, después de Yahvé, también la tierra buena le negará su amistad. Será preciso andar errante por un suelo enlutado, bajo un cielo implacablemente sombrío (4, 28). Por todas partes, el pie tropezará con «las montañas de la noche» (13, 16). Todo volverá al caos primitivo:

«He mirado a la tierra: era un caos;  
y a los cielos: estaban sin luz.  
He mirado a los montes: retemblaban,  
y todas las colinas se estremecían.  
He mirado: no quedaba un alma;  
todos los pájaros del cielo habían huido.  
He mirado: la campiña era un desierto,  
todas las ciudades destruidas» (4, 23-26).

Es que, cuando la mano de Yahvé mantenía en pie a Israel, mantenía también a todo el universo a su alrededor.

Mortal ilusión la de unos pueblos que, como Israel, sueñan con conquistar el mundo con solas sus fuerzas, con solas sus riquezas, con solas sus ideologías, de las que han excluido orgullosamente a aquel que es el único señor del universo y de la vida. Una ilusión que es de todos los tiempos y que ninguna experiencia parece poder enturbiar... Sin embargo, sin el arquitecto, es inútil que se afanen los constructores (Sal 127, 1).

El que pierde a Dios, lo pierde todo. O lo perderá, más pronto o más tarde.

## **2. HASTA LA CIRCUNCISIÓN DEL CORAZÓN**

Isaías, al comienzo de su vocación, había exclamado: «Vivo entre un pueblo de labios impuros» (Is 6, 5).

Jeremías, cuando constata la perversión incurable de Israel, parece decir lo mismo: «Cada uno de vosotros sigue el camino de su perverso corazón» (16, 12).

Sin embargo, esta impureza que denuncia Isaías en el comportamiento del hombre, adquiere en Jeremías una dimensión más profunda:

Jeremías descubre su fuente en la misma naturaleza humana. Hay aquí, en el pensamiento profético, un progreso inmenso, cuyas consecuencias van a resultar incalculables.

Amos, Oseas, Isaías habían establecido sólidamente que Yahvé, con una mano al mismo tiempo dura y misericordiosa, conducía los destinos de su pueblo. Igualmente habían señalado la condición que Yahvé había puesto para salvarlo de los peligros mortales en que se arrojaba inconsideradamente: exigía de Israel una renuncia incondicional a sus abominaciones y un abandono exclusivo a la voluntad divina.

No cabe duda de que, en las horas más críticas, Israel comprendía que no tenía que contar más que con su Dios; entonces aceptaba ciertamente dejarse llevar por la mano, pero sin renunciar por ello a sus cálculos ni consentir en apartarse de los caminos que en su corta sabiduría se había escogido:

«Todos se lanzan a su perversa carrera» (8, 6).

Apretado por los peligros del momento, quería ciertamente reconocer a Yahvé como su rey; pero lo cierto es que no se le sometía de verdad. Por eso, la voluntad de Dios no podía contar con una colaboración tan versátil y superficial:

«Tú estás cerca sólo de su boca,  
pero muy lejos de su corazón» (12, 2).

Entonces, ¿de qué sirve invocar el nombre tres veces santo, si las disposiciones interiores desmienten lo que pronuncian los labios? No dejan ciertamente de jurar por Yahvé vivo, pero no lo hacen «con verdad, en rectitud y justicia» (4, 2).

Las palabras y los gestos no tienen valor más que por la intención que los inspira y el sentimiento que los anima; pues bien, cuando se trata de obedecer, Israel es sordo a la voz de su Dios:

«Su oído está circunciso,  
no pueden escuchar» (6, 10).

Después de ofrecer en el templo sus sacrificios, Israel cree que está ya en paz con Yahvé; pero si su conducta tiene que responder a su piedad, no puede menos de constatarse su carencia, puesto que «han hecho su frente dura como la roca» (5, 3).

Sin vergüenza alguna, se mueve en medio de esta doblez; en el mismo instante en que grita piadosamente a Yahvé: «¡Padre mío!», se hunde cada vez más en el crimen:

«Así hablas, pero sigues cometiendo  
las maldades que puedes» (3, 5).

¿Qué hacer para reducir a Israel a una obediencia sincera?

Amos le había amenazado con las peores calamidades. Oseas no vislumbraba más solución que una vuelta al desierto. Isaías contaba con una purificación por el fuego. Pero esas cosas no son más que paliativos, y unos paliativos muy imperfectos: si Israel se obstina en su indocilidad radical, aunque se mostrara exacto en las prácticas más minuciosas, ni los castigos que no habría sabido evitar, ni las ásperas lecciones del desierto, ni la purificación por las pruebas, lo harían tal como lo quiere Yahvé, tal como es preciso que sea para que se realice en él el designio de Dios:

«¿Crees que te limpiarán de tu maldad?» (11,15).

Jeremías levanta acta de esta imposibilidad irreductible, él a quien Yahvé ha escogido para «probar a su pueblo»:

«Sopla con fuerza el fuelle  
para que el plomo sea consumido por el fuego.  
En vano se fatiga el fundidor.  
Plata de desecho se les llamará» (6, 29).

Esta observación decepcionante se ve confirmada por el propio Yahvé:

«Aunque te laves con potasa y gastes lejía en abundancia, la mancha de tu iniquidad aún quedaría ante mí» (2, 22).

Y esto llega hasta el punto de que, después del fracaso de su predicación bajo el rey Joaquín, Jeremías se ve obligado a plantearse esta pregunta desesperada:

«¿Puede un etíope cambiar su piel,



o un leopardo sus manchas?  
Y vosotros, habituados al mal,  
¿podréis hacer el bien?» (13, 23).

Se da en este caso un círculo vicioso, del que es imposible salir. La experiencia divina puede muy bien renovar sus plazos, pero el deudor sigue siendo insolvente. Por consiguiente, no hay más remedio que concluir que Israel es inepto para lo que Yahvé espera de él.

En estas condiciones, no se ve cómo la religión de Moisés y de David, y hasta la de Oseas e Isaías, podría seguir a flote. Puesto que la alianza, por culpa de Israel, ha fracasado, ¿no estará destinada a desaparecer como todas las religiones antiguas? En efecto, al ser una religión nacional, ¿no se verá barrida al mismo tiempo que el reino de Judá, dispuesto a verse desgajado por el ciclón que va a aniquilar a los pequeños estados, en beneficio de los grandes imperios?

Sin embargo, he aquí que Jeremías va a revelar a Israel cómo podrá encontrar de nuevo la mano de Dios. Es conocida la famosa frase de Renán: «Sin ese hombre extraordinario, la historia religiosa de la humanidad habría seguido otro curso». Es que «éste hombre extraordinario» había sido suscitado por Yahvé a su debido momento, pero no sin que sus predecesores le hubieran desbrozado el camino por donde él se iba a meter.

Yahvé, tal como nos lo revela Jeremías, no abandona a Israel más que por el hecho de no encontrar en él una sumisión suficiente; en efecto, para ser eficaz, el dominio divino tiene que ser total y el hombre tiene que comprometerse con Dios sin reserva alguna. Lo que Yahvé quiere obtener de él es su *corazón*. Pues bien, ese corazón, para ser de Dios, no sólo tiene que ser domado por la adversidad, sino que ha de convertirse. Y eso es lo que no quiere Israel:  
«Se han negado a convertirse» (5, 3b).

*¿Qué significa convertirse?* No ya plegarse exteriormente a las exigencias de un Dios celoso, tal como aparece a través de toda la Biblia, y muy especialmente en Oseas y en Isaías, con unos celos que ninguna religión antigua habría sido simplemente capaz de concebir. No ya adherirse plenamente a una doctrina y practicar con puntualidad las buenas obras que se derivan de ella: eso es lo que, fuera de la tradición judeo-cristiana, exigen todo lo más los sistemas religiosos. Hablar, a propósito de eso, de conversión es devaluar singularmente el sentido de la palabra. El islam, por ejemplo, exige ciertamente que el creyente rinda un culto exclusivo a Alá, pero este exclusivismo no implica nada más que una cierta pertenencia del hombre a su Dios, sin imponer ni una renovación de las disposiciones profundas del alma, ni una entrega total del corazón. Pero allí precisamente es donde comienza la conversión: no ataca al mal en sus efectos, sino en su raíz: Y ésta es la conversión de la que habla Jeremías:

«Purifica tu corazón del mal,  
oh Jerusalén, para que puedas salvarte» (4, 14).

Y él lo traduce además con aquella metáfora atrevida que algún día recogerá Pablo:  
«Circuncidaos, por Yahvé,  
quitad el prepucio de vuestro corazón» (4, 4).

La conversión, para hablar sin imágenes, es una muerte y un renacer: la *muerte del corazón perverso* y el *renacer de un corazón fiel*. Volvemos aquí a la conexión de esta idea de muerte y resurrección, que ya desde antiguo impresionó a la humanidad: ¿no se lo estaba sugiriendo el mismo espectáculo de la naturaleza? Todos los cultos cíclicos se inspiran en él y, hasta Isaías, Israel no es ninguna excepción. Pero ni esta muerte ni este renacer son definitivos; no hay en la naturaleza nada que desaparezca, sino para comenzar de nuevo; nada real, sino para morir de nuevo.

Uno de los principales méritos de Isaías consiste en haber mostrado que la historia humana no está sometida a las mismas leyes que la naturaleza; en haber sabido hacer salir al pensamiento religioso de Israel del círculo fatal, trazando, por delante y por detrás de él, aquella hermosa ruta rectilínea que, partiendo del Sinaí, conduce a la montaña de Sión; en haber sabido proponer finalmente, ante las miradas del pueblo en marcha, por encima de las pruebas que guardan su umbral, la entrada en el terreno de eterna paz y de universal armonía en donde reinará definitivamente el rey Yahvé.

Sin embargo, si la purificación que caracteriza a la etapa suprema implica la necesidad de una muerte, ésta no es más que parcial, en el sentido de que respeta al «pequeño resto» y de que, donde ataca, no parece que tenga que venir luego ningún renacer. Una vez destruidas las escorias, el oro puro se queda solo en el fondo del crisol.

Jeremías, yendo aún más allá que Isaías, marca mucho más fuertemente y con unos rasgos más precisos el encadenamiento que hace suceder la resurrección única a la muerte única, afirmando su carácter general, tanto para el individuo como para la nación. También él conserva la idea del «pequeño resto»; pero, más que de un precioso residuo que sobreviva a la operación del fundidor, se trata de la levadura que hará fermentar la masa nueva. Por eso precisamente pide con deseos impacientes la muerte del viejo corazón y del viejo pueblo, para acelerar el momento en que apunte la aurora de la resurrección moral.

Ya hemos visto con cuánta intensidad evocaba esta muerte. Mientras que Isaías, cuando la invasión de Senaquerib, afirmaba su fe intrépida en la inviolabilidad de Sión, Jeremías no cesa de proclamar el carácter inevitable de la aniquilación de todo cuanto ha existido. Ninguno de los peligros absolutamente reales que corría le hizo nunca vacilar, a él que era sin embargo tan tímido, en difundir este mensaje.

Desde el año 605, le prohíben el acceso al templo. Le imponen la pena de los azotes y lo encierran en la cárcel; corre el peligro de ser asesinado y tiene que ocultarse. Más tarde, durante el sitio de Jerusalén, acusado de derrotismo, se ve perseguido; pero sigue mostrándose categórico en sus afirmaciones: toda resistencia a Nabucodonosor está

impidiendo la hora del resurgir. En cinco ocasiones viene a consultarle Sedecías -él está prisionero y podía esperar lo peor-; la respuesta es siempre la misma: hay que someterse a Babilonia, ya que, si no se acepta de antemano la derrota, no habrá restauración posible.

¿Acaso se pone el vino nuevo en odres viejos?

Pero ese renacer no es menos cierto que la muerte. Es lo que significan los dos cestos de higos ante los cuales, después del primer sitio de Jerusalén por Nabucodonosor, el profeta se pone a meditar.

El primero no contiene más que higos estropeados: son los habitantes de Judá, los que se quedarán en el lugar, que se imaginan ser los beneficiarios de las promesas de la alianza, pero que en realidad no son ya más que un mundo caduco.

En el segundo, los higos están sanos: son los deportados, los que ya no forman parte del reino condenado, porque habrán de recibir un corazón nuevo, y, por consiguiente, tienen derecho a esperar todo del porvenir:

«Como se mira con agrado a estos higos buenos,  
así miraré yo favorablemente a los desterrados de Judá,  
a quienes arrojo de este lugar al país de los caldeos.  
Volveré a ellos mis ojos  
y los haré regresar a esta tierra;  
los restableceré y no los volveré a destruir;  
los plantaré para no arrancarlos ya.  
Y les daré un corazón para que conozcan que yo soy Yahvé;  
serán mi pueblo y yo seré su Dios,  
porque se convertirán a mí de todo corazón» (24, 5-7).

Restauración tanto más decisiva cuanto más radical haya sido la destrucción:

«Cifraré mi gozo en hacerles bien;  
los plantaré sólidamente en esta tierra,  
con todo mi corazón y con toda mi alma...  
Como he traído sobre este pueblo toda esta desventura,  
así también traeré sobre ellos  
toda la ventura que les prometo» (32, 41-42).

La compra del terreno de Anatot, en su propio país natal, que por orden de Yahvé efectúa el profeta, tiene este mismo sentido:

«Así se comprarán campos en este país,  
del que afirmáis: 'Es un desierto sin hombres ni animales:  
ha caído en manos de los caldeos'...,  
porque haré cambiar su suerte» (32, 43-44).

Yahvé reunirá entonces en un rebaño nuevo a las ovejas dispersas.

Las conducirá otra vez a sus praderas y suscitará pastores que se cuiden de ellas:  
«No sufrirán más temor ni angustia,  
ni se volverá a perder ninguna» (23, 3-4).

El Dios que puede destruirlo todo, puede también hacer que resurja todo de la nada:  
«Mira, yo soy Yahvé, el Dios de los mortales.  
¿Qué puede haber imposible para mí?» (32, 27).

La conversión que anuncia Jeremías no tiene por tanto en cuenta ninguno de los antiguos valores religiosos a los que concedía Israel tanta importancia. El templo, la ciudad santa, la dinastía de David pueden desaparecer; estos fundamentos tradicionales del pueblo hebreo no son indispensables para el designio de Dios. ¿No ha conservado el profeta la intimidad de Dios fuera del templo, de donde había sido expulsado? ¿Será acaso Yahvé prisionero de un territorio, si es posible encontrarlo en todas partes, con tal de bajar a lo más profundo del propio corazón? Ni siquiera será necesario, como hizo Naamán el leproso en los días de Eliseo, hacerse llevar a lomos de sus mulos un poco de la tierra de Palestina, para invocar a Yahvé. Por *eso* Jeremías aconseja a los desterrados que se instalen en Babilonia, como si tuvieran que quedarse en ella, y que busquen allí a Yahvé:  
«Procurad el bien de la nación adonde yo os he deportado y rogad a Yahvé por ella... Entonces, cuando me invoquéis y me dirijáis vuestras súplicas, yo os escucharé. Me buscaréis y me hallaréis, porque me habréis buscado de todo corazón. Yo me dejaré encontrar por vosotros» (29, 7-14).

Ese pueblo nuevo no se constituirá más que con hombres que tengan un corazón nuevo; su religión será a la vez *personal*, es decir, que pondrá en relación con Dios, no ya al conjunto de la nación, sino a la nación tomada en cada uno de sus individuos, e *interior*, puesto que las palabras y los actos tendrán que responder a la sinceridad y fidelidad del corazón.

Conviene indicar que esta evolución, que iba a separar a la persona humana de la confusión colectiva, había sido ya esbozada en Israel, al menos en el plano jurídico. Efectivamente, en el siglo VIII, el rey Amasías había hecho prevalecer la sanción individual, cuando, al condenar a muerte a los asesinos de Joás, su padre, respetó a sus descendientes (2 Re 14, 5-6). Pero esta innovación interesaba solamente al derecho y era menester que la retribución individual se convirtiera en un principio moral y religioso. Fue precisamente el gran mérito de Jeremías haberlo asentado así; al predicar una religión que tenía que someter el corazón, tenía que concluir inevitablemente que en adelante cada uno sería responsable de su propia fidelidad:

«En aquellos días, no se dirá ya:  
'Los padres comieron agraces,  
y los dientes de los hijos sufren dentera',  
sino que cada cual morirá por su propia iniquidad.  
Será el que coma agraces  
quien soporte la dentera» (31, 29-30).

En una palabra, la conversión supone un proceso personal; y si Israel desea seguir siendo el pueblo santo, es preciso que se haga un pueblo de santos. Sin embargo, ese corazón que Dios quiere que sea suyo, el hombre es incapaz de dárselo por sí mismo. El corazón de carne que lleva en su pecho es una víscera demasiado pesada y demasiado dura para ser sensible a la acción divina. Por consiguiente, es preciso que sea Dios quien lo cree en él: «para que conozcan que yo soy Yahvé» (24, 7).

Yahvé grabará en él su ley, más profundamente que en la piedra de las tablas de Moisés:  
«Pondré mi ley en su interior,  
en su corazón la escribiré,  
y seré su Dios y ellos serán mi pueblo.  
No tendrán ya que instruirse mutuamente,  
diciéndose unos a otros: '¡Conoced a Yahvé!',  
sino que me conocerán todos,  
desde el más pequeño hasta el mayor» (31, 33-34).

Hay que observar finalmente que, si Yahvé cambia por completo el corazón del hombre, es porque está totalmente pervertido.

Cuando Jeremías discierne de este modo la profundidad del pecado y deduce de ello la necesidad de una intervención divina, manifestada por una vida espiritual alimentada sólo por Dios, descubre una nueva conexión: la del *pecado* y la *gracia*. De esta forma, hace presentir a san Pablo. Pensemos, por ejemplo, en aquel célebre pasaje en que el apóstol asocia la universalidad de la salvación que nos trae Cristo Jesús con la universalidad del pecado original. Efectivamente, el mismo pensamiento es el que se encuentra en el profeta y en el apóstol: la gracia penetra hasta el fondo en el abismo creado por el pecado; lo persigue, por así decirlo, por todos los rincones en donde se oculta; el uno parece apelar a la otra. Pero mientras que el profeta no considera más que al individuo y la conversión del corazón, el apóstol considera a la humanidad entera y afirma la universalidad de la redención, es decir, de la sustitución en cada uno del hombre viejo por el hombre nuevo.

Isaías hace comenzar la gesta divina en el Sinaí, y es en definitiva la antigua alianza la que él ve realizarse con la última victoria del rey Yahvé en la montaña santa. Jeremías dirige más lejos su mirada: detrás de él, es la *creación* la que él vislumbra en el origen de esta gesta tan augusta; ante sus ojos percibe una especie de segunda creación, y esta nueva creación tendrá también su alianza, una alianza eterna, recogida y sellada en el corazón de un Israel transfigurado.

En efecto, Jeremías es el primero en evocar la *creación* en la literatura profética. Una evocación tímida todavía, pero que no debe pasarse en silencio:

«Así habla Yahvé,  
el que establece el sol para alumbrar el día,  
la luna y las estrellas para alumbrar la noche,  
el que agita el mar y hace bramar sus olas,

cuyo nombre es 'Yahvé de los ejércitos'.  
Si dejaran de valer aquellas leyes  
ante mí -dice Yahvé-,  
entonces la casa de Israel dejará también  
de ser una nación ante mí para siempre» (31, 35-36).

La *nueva alianza* que propone Yahvé exige una aceptación personal, de la que sólo es capaz un corazón renovado. Israel no será ya entonces solamente su pueblo, sino la comunidad de sus fieles.

La nación santa superará ampliamente los estrechos límites geográficos y abrazará a todos sus hijos dispersos en el seno de un gran imperio, antes de serlo en el universo entero.

Al afirmar, tal como lo ha hecho, la necesidad de que muera el viejo pueblo incorregible como la condición misma de su resurrección, y al enunciar el principio de un culto nuevo que de formalista se haga interior, de colectivo individual, Jeremías hace además posible la inserción de ese culto en ese mundo nuevo que acababa de nacer con la ciudad griega, y en donde la *persona humana*, sacudiendo las antiguas servidumbres sociológicas, marcaría muy hondamente con el sello de la *libertad* el pensamiento y el arte, así como los conceptos filosóficos y religiosos. La religión de Israel encuentra de este modo, en el momento en que parecía que iba a hundirse en la sombra, un impulso rejuvenecido e impetuoso que la arrastrará, una vez fecundada por el cristianismo, a través de todo el mundo.

### **3. LA EXPERIENCIA PERSONAL DE JEREMÍAS, TERRENO DE ENSAYO DE LA NUEVA ALIANZA**

El antiguo Israel que está a punto de morir había recibido la alianza del Sinaí como una ley colectiva, destinada a regular su comportamiento social, moral y religioso. La nueva alianza que anuncia Jeremías será una carta espiritual y obligará al corazón de cada uno, y el pueblo nuevo estará como entretejido de fidelidades individuales: tal es el nuevo aspecto del designio de Dios. Pero, para que se establezca esta alianza nueva, es preciso que Yahvé cree un ejemplar del hombre venidero, que le abra el camino a cada miembro de la comunidad futura; al constituirse ésta, se convertirá a su vez en una *gens* ejemplar, de la que el legislador definitivo hará su pueblo nuevo, un terreno totalmente dispuesto para recibir la semilla de su palabra.

Este fiel ejemplar -núcleo eventual, del que los discípulos serán la célula- no solamente tendrá que cumplir de forma perfecta las condiciones de la antigua alianza, obedeciendo con una fe total y pura al Dios que pretende conducirlo por un itinerario conocido sólo por él, sino que habrá de sufrir además la dura prueba del aislamiento, que al mismo tiempo lo liberará de un mundo caduco y le enseñará el secreto de la verdadera intimidad divina. El hombre que tuvo el privilegio insigne y terrible de vivir esta experiencia y el mérito de no dejar que fracasara, fue Jeremías.

La vida religiosa de Israel, centrada por completo como estaba en la monarquía, podríamos decir que se resumía en la personalidad de su *rey*. Este, independientemente de sus diversas atribuciones políticas, revestía, por obra de la unción sagrada, un doble carácter: era el representante y el hijo de Yahvé en la tierra y el portavoz de su pueblo delante de Yahvé.

Es él quien, en nombre de todos, da gracias en las alegrías de la nación; él quien, en los días de angustia o de llanto, recita las lamentaciones públicas; hace suyas el hambre, la escasez, las epidemias, las guerras, todas las pruebas de su pueblo. Cuando se dirige a Yahvé, es la voz de Israel, encargada de expresar su gratitud, de solicitar la protección divina, de interceder por la nación desventurada o culpable.

Además, como jefe autorizado de su pueblo, tiene que gobernarlo en la fe y en la justicia. Según «haga lo que es recto o lo que está mal a los ojos de Yahvé», será recompensado o castigado, tanto en su persona como en su pueblo, ya que lo uno y lo otro no son en el fondo más que una sola cosa. Por otra parte, en este punto, el rey davídico goza de los privilegios y carga con las responsabilidades que la antigüedad reconocía a la realeza, en virtud de su carácter religioso.

Pues bien, esta primacía que se les atribuía a los reyes de Israel tendía, como hemos visto, desde el siglo VIII, a escapárseles en provecho de los *profetas*, mensajeros de la palabra divina. Esta sustitución progresiva se realizó totalmente bajo el ministerio de Jeremías.

Vemos, en efecto, cómo el profeta de Anatot asume por su cuenta todos los sufrimientos de Israel:

«Por la herida de los hijos de mi pueblo estoy herido, angustiado, el espanto me invade» (8, 21).

Cuando gime y llora, lo hace en nombre de la nación entera, como si él fuera su representante:

«Mis ojos se derriten en lágrimas,  
noche y día sin descanso,  
por el gran desastre que quebranta  
a la virgen, hija de mi pueblo,  
por su inmensa herida» (14, 17).

Y realmente, después de haberlo experimentado personalmente -¡y con qué intensidad!-, es como traduce el dolor de su pueblo:

«¡Ay, mis entrañas, mis entrañas! ¡Cómo sufro!  
¡Entretelas de mi corazón!  
Mi corazón golpea;  
ya no puedo callarme,  
porque he oído el sonido del clarín,  
el clamor de guerra» (4, 19).

Heraldo de Yahvé, se ve obligado a lanzar contra Judá las amenazas más terribles; pero por una especie de curioso desdoblamiento, él es al mismo tiempo el oyente y el mensajero; y en el implacable veredicto que pronuncian sus labios, él escucha, con el corazón agarrotado, su propia condenación:

«Si no escucháis este aviso,  
mi alma llorará en secreto  
por vuestro orgullo;  
y mis ojos verterán lágrimas,  
porque el rebaño de Yahvé  
es conducido al cautiverio» (13, 17).

Intérprete de la angustia de Israel, que es también su propia angustia, Jeremías se sitúa espontáneamente como intercesor. No cabe duda de que sus predecesores también lo habían hecho; pero ninguno lo fue tan plenamente ni tan constantemente como él. Y es tan cierto que él es en adelante el abogado titular de Israel, que los mismos reyes, olvidándose de su antiguo privilegio, se vuelven naturalmente hacia él. ¿No ve Jeremías cómo acude a pedirle que intervenga ante Yahvé el mismo Sedecías, a pesar de ser heredero de David, de Salomón, de Josafat, de Ezequías?

«Ruega por nosotros a Yahvé,  
nuestro dios» (37, 3).

Por eso Jeremías considera este deber de intercesión como inherente a su misión:

«Recuerda cómo me he presentado ante ti  
para hablarte en favor suyo  
y alejar de ellos tu furor» (18, 20).

Aunque este deber le repugna, no deja sin embargo de cumplirlo:

«Oh, sí, Yahvé, ¿no te he servido cuidadosamente?;  
¿no he intercedido ante ti por mi enemigo  
en el tiempo de la desgracia y de la angustia?» (15, 11).

Y aunque Yahvé le siga repitiendo que en adelante toda intercesión y todo alegato es inútil, porque no puede recibirlos, Jeremías insiste en sus súplicas:

«Y tú no intercedas en favor de este pueblo,  
no eleves por ellos súplicas ni oraciones;  
no insistas cerca de mí,  
pues yo no te escucharé» (7,16).

Si, como los reyes, Jeremías intercede por Israel, también como ellos es el jefe al que hay que seguir. ¿No ha sido consagrado por el mismo Yahvé, como si hubiera sido un rey? Los términos de su consagración son precisamente los que se usan en la corte para la investidura del monarca:

«Antes de formarte en el vientre de tu madre, te conocí;  
antes que salieras del seno, te consagré» (1, 5)



Le corresponde por eso al profeta guiar a su pueblo bajo la moción divina; y el pueblo deberá tener los ojos fijos en aquel que camina por delante de él:

«Volverán ellos hacia ti,  
y tú no tendrás que ir en su busca» (15, 19).

Y esta doble misión real él la recibe de tal manera que no puede renunciar a ella, por muchos sufrimientos que le pueda causar. Lo mismo que el rey no hace más que una sola cosa con el pueblo, el destino de Jeremías está tan perfectamente vinculado con el de Israel, que compartirá todas sus pruebas, incluida la muerte.

Así, pues, en adelante el profeta es Israel: el Israel de la historia, con el que se confunde, a pesar de su fidelidad personal; el Israel del mañana, cuya llegada tiene que preparar, o mejor dicho, que tiene que comenzar por él, con él y en él. El profeta es Israel en el crisol.

Llegamos aquí al carácter excepcional, único, de la vocación de Jeremías: si él es el «centro» espiritual de Israel, es para que se convierta, en su vida más profunda, en el *terreno de ensayo* de la alianza nueva.

Efectivamente, sería un tremendo error ver en el profeta de la religión individual al iniciador de un culto anárquico, en el que cada uno respondiera a su manera a las propuestas divinas, según sus medios o sus inspiraciones propias; la experiencia que desde el comienzo de su carrera hasta su muerte desgraciada en Egipto tuvo que vivir Jeremías tenía que ser una *experiencia-piloto* que sirviera al pueblo entero y le obligara a emprender, en seguimiento del profeta, el camino que llevaba a la gran alianza.

Era preciso, repitámoslo, que él fuera el fermento del nuevo Israel, para que se instaurase la religión interior, para que los individuos se pusieran cordialmente bajo la mano de Dios y pudiera cumplirse el designio divino.

Y, en primer lugar, Jeremías es puesto en situación de volver a comenzar, por su propia cuenta personal, no ya como lo había hecho Israel, sino como hubiera debido hacerlo, el itinerario espiritual propuesto al pueblo elegido.

Este último, para permanecer bajo la mano de Dios, tenía que aceptar caminar por el camino oscuro por donde Yahvé lo llevaba.

Como el misterio de la trascendencia de Dios es impenetrable, su destino escapa de la perspicacia humana, mientras él mismo no ofrezca su explicación; y él no lo explica a los que no son capaces

todavía de comprenderlo. ¿Acaso no se definió Yahvé, según una de las tradiciones del Pentateuco, «yo soy el que soy»?

Por consiguiente, el hombre no tiene más remedio que avanzar hacia un porvenir que sólo le dejan atisbar confusamente, de momento, las amenazas terribles y las promesas radiantes de los profetas.

Lo esencial es que no se detenga por el camino. Las interminables marchas por el desierto desanimaron muchas veces al joven Israel; sin embargo, logró entrar en la tierra prometida. La conquista de Canaán, a pesar de los primeros éxitos, no tardó en revelarse como llena de dificultades; sin embargo, en un siglo y medio se lleva a cabo esta conquista y las tribus enamoradas de su independencia y que parecían rebeldes contra toda fusión acabarán formando una sola nación. El cisma pareció poner en peligro el esfuerzo de unificación emprendido por David y Salomón; las infiltraciones cananeas amenazaban peligrosamente la pureza del yahvismo; sin embargo, Yahvé suscitó, a su debida hora, a un Josafat, a un Ezequías, a un Josías, así como a sus profetas, para proseguir su proyecto, a pesar del material rebelde de un pueblo de dura cerviz, no solamente salvaguardando su obra, sino haciéndola progresar. Israel, a pesar de sus guerras y de sus divisiones, podía creerse definitivamente asentado en la tierra prometida y dada; sin embargo, necesitará superar estos tiempos fáciles, de los que por otra parte se ha aprovechado tan parcialmente; ha llegado la hora de los grandes imperios, con los que no tendrá más remedio que enfrentarse.

Más tarde, la religión parecerá sólidamente plantada, en tiempo de los sabios; sin embargo, tendrá que preservarse del pensamiento helenista, con el que tendrá que rozarse. A través de todas estas etapas que, una tras otra, fue recorriendo Israel, prosigue maravillosamente el paciente trabajo de la mano divina: ese continuo éxodo tiene una meta, aunque Israel no acabe de verla. El largo itinerario lo va encaminando poco a poco hacia la incomparable figura de aquel que ha de venir, para llevarlo todo a su plenitud y consumación.

Éxodo en el que, a lo largo de todo el camino, irán cayendo en masa los débiles, pero en donde seguirá avanzando la legión de los fuertes, de los fieles verdaderos, que agrupará después de la caída de Jerusalén al «pequeño resto».

Jeremías ocupa allí un lugar de primer plano. Como los demás, necesita marchar sin comprender, sin descansar, en el lugar que le corresponde. Cuando Baruc se queja, como su maestro, de que no conoce ningún descanso, Yahvé le replica duramente:

«Lo que había construido, lo destruyo;

lo que había plantado, lo arranco.

Voy a herir a toda la tierra.

¿Y tú andas buscando para ti cosas extraordinarias?

No las busques, pues he aquí que yo voy a mandar desventuras sobre todo mortal» (45, 4-5).

Y cuanto más adelante vaya el profeta, más crecerán las exigencias divinas. En vano le gustaría detenerse. A ese hombre apurado, Yahvé le responde imponiéndole nuevos esfuerzos:

«Si te agotas corriendo con los de a pie,

¿cómo podrás competir con caballos?

Si no estás seguro en un país tranquilo,

¿qué harás en la espesura del Jordán?» (12, 5).

Lo mismo que en tiempos de Amos, al profeta no le está permitido hacer alto e instalarse. Y la dura ley que impone esta marcha hacia adelante es la de convertirse -esa conversión indefinida en la que es inútil mirar hacia atrás el camino recorrido, cuando sólo importan las etapas por venir-, so pena de perder la mano de Dios:

«Si vuelves, yo te restableceré  
en tu servicio ante mi presencia,  
y si descubres pensamientos elevados,  
apartados de lo vil,  
serás como mi boca» (15, 19).

Para no sucumbir en el camino, ¡cuan grande es la fe que tendrá que poner en Yahvé ese profeta que tiene que recorrer, en su breve vida, el inmenso trayecto por el que se arrastra Israel, precisamente por su falta de fe! La fe que se le exige a Jeremías es una fe heroica, la que antaño predicaba Isaías. Recordemos cómo este último, durante la invasión de Senaquerib, se indignaba de que pudieran ponerse las esperanzas en otro sitio fuera de Yahvé.

¿Cómo se ha atrevido el pueblo elegido a regatear su fe, siendo así que Yahvé, desde la salida de Egipto, no ha cesado de atestiguarle, de forma esplendorosa, su protección operante y su bondad paternal? Ahí reside precisamente el pecado capital de ese Israel siempre dispuesto a escaparse de la mano de su Dios, el pecado que tan obstinadamente cierra los caminos de Dios.

Lo mismo que Israel, Jeremías ha sido escogido, pero él no olvidará nunca esta elección. ¿Cómo no va a acordarse de ella?

Yahvé lo ha investido claramente de su gran misión:

«Como profeta de las gentes te constituí» (1, 5).

El mismo Yahvé le dictará lo que tiene que decir:

«He aquí que yo pongo mis palabras en tu boca» (1, 9).

El papel de Jeremías consistirá en transmitir fielmente sus mensajes:

«A todos los que te enviare, habrás de ir,  
y todo lo que yo te ordenare, les dirás» (1, 7).

Y para tranquilizar al profeta, Yahvé le multiplica sus promesas de protección; en ningún momento abandonará a su mensajero:

«Estoy yo contigo para protegerte» (1, 8; cf. 1, 19).

Basándose en la fe que pone en su Dios, el profeta se reconoce invulnerable:

«He aquí que yo te constituí en este día  
como ciudad fortificada,  
como columna de hierro,  
como muro de bronce  
frente a todo el país;  
contra los reyes de Judá y sus príncipes,

sus sacerdotes y el pueblo del país» (1, 18; cf. 15, 20).

Pase lo que pase, no tendrá nada que temer de nadie; cuando delante de él se levanten como un obstáculo los enemigos de la palabra de Dios, Yahvé los reducirá a la impotencia, del mismo modo que aplastaba a las naciones delante de Israel:

«Mas Yahvé está conmigo como un héroe potente; caerán mis adversarios, derrotados» (20, 11).

Tiene segura la victoria, lo mismo que le habría sucedido a Israel si hubiera sido fiel:

«Lucharán contra ti,  
mas no te vencerán,  
pues yo estaré contigo  
para salvarte y librarte» (15, 20).

Pero que su fe, tan fuertemente garantizada, no vacile. Porque entonces Yahvé abandonaría a su profeta lo mismo que había abandonado a Israel:

«No tiembles ante ellos,  
no sea que te haga yo temblar en su presencia» (1, 17).

Estas órdenes imperiosas se dirigen, sin embargo, a un hombre tan pusilánime y tan débil quizás como otros muchos. Yahvé sostendrá a su profeta, pero no lo reemplazará, como hacían los dioses mitológicos, deseosos de preservar a los héroes con los que se habían encaprichado. Yahvé ofrece a su campeón las armas más poderosas, pero le deja a él la tarea de servirse de ellas. Para que la experiencia divina adquiriera todo su sentido, era menester que el elegido no fuera más que un hombre, semejante a cualquier otro.

Por eso asistimos al debate que opone a Jeremías contra su propia naturaleza. Encontrará muchas razones para sufrir por ella, pero mayor será también su mérito al triunfar de sus debilidades.

Desde su primera llamada, Jeremías, lleno de espanto, se echa para atrás. Lo mismo que Moisés, totalmente asombrado de su elección, objeta que no sabe «manejar la palabra» y que no es más que un niño (1, 6).

De hecho, no tiene de ningún modo el don de la dialéctica; si un día Ananías viene a arrancarle el yugo simbólico que ha cargado sobre sus hombros, él le deja hacer, sin encontrar nada que replicar, y le cede sumisamente el sitio; necesitará tomarse un respiro para lanzar contra el falso profeta su terrible apostrofe, por instigación de Yahvé (28, 12).

Cuando, después del asesinato de Godolías, los jefes del ejército, que le arrastraban a la fuerza huyendo hacia Egipto, le ordenan que les revele la voluntad de Yahvé, él no sabe qué responder y necesitará diez días para formular una reprobación que no podía sin embargo ignorar (42, 7).

Pero hay algo más grave que esa deficiencia de consecuencias pasajeras: Jeremías, cuyo destino será el de combatir hasta el último suspiro, es un hombre tímido y lleno de ternura. Se muestra inclinado a la mansedumbre, sólo le gustan las relaciones amenas y apacibles, tiene necesidad de un clima de simpatía y de afecto. Pero la dureza de los mensajes que tiene que transmitir al pueblo del que es solidario le aflige y le desconcierta:

«¡Quién convirtiera en fuente mi cabeza,  
y mis ojos en manantial de lágrimas,  
para llorar noche y día  
a los muertos de la hija de mi pueblo!» (8, 23).

Su misión es para él una causa continua de sufrimientos: si él tiene que ser por entero el hombre de Yahvé, ¿cómo puede ser también por entero el hombre de Israel? Esta dualidad de sentimientos, de los que no le gustaría sacrificar ni el uno ni el otro, le desgarró cruelmente el corazón:

«¿Por qué mi dolor no tiene fin?  
¿Por qué mi herida es incurable?» (15, 18).

Es verdad que su papel de intercesor no es de los más fáciles; ¿qué medio hay para desarmar a Yahvé, cuando Israel no es más que rebelión y hace de este modo su causa más desesperada cada día? ¡Si por lo menos Jeremías se hiciera escuchar! Pero él, que tanto ha de esforzarse para cumplir con su tarea, no encuentra en ella más que sinsabores y afrentas:

«¿Por qué salí del seno,  
para no ver más que dolores y tormentos  
y *consumir mis* días en la confusión?» (20, 18).

Y no se trata de la exageración debida a una sensibilidad demasiado viva y un tanto melancólica, sino de una dura realidad que su naturaleza tan susceptible hace más terrible todavía:

«Yo era como un manso cordero  
que es llevado al matadero,  
ignorante de las tramas  
que estaban urdiendo contra mí» (11, 19).

Por otra parte, allí está la historia para confirmar que no se trataba de unos sufrimientos imaginarios: le ponían el cepo, lo echaban en una cisterna, lo ponían bajo guardia, acechaban la ocasión para asesinarle... Y éstas no son más que las pruebas de la carne; ¿qué decir de las del corazón? Lo que más le hace sufrir es el sentirse solidario de un mundo pecador, sin poder hacer nada para que se enmiende. Solidario porque, por vocación, él es el corazón de Israel; solidario también porque, a pesar de su inocencia, está condenado a compartir la suerte de los culpables.

*Es arrastrado por error y encadenado con los tristes cautivos que van deportados a Babilonia; pero no es allá adonde ha de ir: aquello sería la salvación, puesto que así se encontraría con el «pequeño resto», que es la esperanza del mañana. Nabusardán, el oficial*

de Nabucodonosor, lo despide, pero Yahvé lo devuelve al seno del pueblo moribundo, para vincularlo más estrechamente con él: Juan, hijo de Carej, le obliga a huir con él a Egipto. Quizás no lo hayan encadenado, pero más pesadas eran las cadenas de su opresión -y más pesadas que aquellas de las que le habrían liberado en Rama- y su simbolismo es cruelmente elocuente, ya que ese justo no podrá ya librarse de la solidaridad que le ata a un mundo que muere, ni de la violencia con que disponen de su suerte. ¿Cómo no pensar aquí, una vez más, en Cristo, condenado a no hacerse más que una sola cosa con el mundo pecador?

¡Qué bien sabe excusarlo nuestra debilidad, cuando le acucia el deseo de librarse de esta vida de tormento, que le asocia implacablemente a una nación engangrenada, de la que su fidelidad y su fe lo han apartado ya hace tiempo!

«¿Quién me brindará en el desierto  
un albergue de ambulantes?  
Abandonaría entonces a mi pueblo,  
me alejaría de él,  
porque son todos adúlteros,  
una pandilla de traidores» (9, 1).

Mientras él vive esta horrorosa pesadilla, la fe que le exige Yahvé es tan sobrehumana que excusamos fácilmente sus fallos: aquel grito que se le escapa no es tanto un signo de rebeldía como una confesión de debilidad:

«No pensaré más en él  
ni hablaré más en su nombre» (20, 9).

Jesús gimió en Getsemaní del mismo modo y deseó que se apartara de sus labios la copa de la amargura. Pero ¿cuál será el medio para escapar de la mano de Yahvé, cuando uno es Jeremías?

«Has sido más fuerte que yo;  
me has podido» (20, 7).

¿Podrá acaso olvidarse de su vocación?

«Antes de que salieras del seno, te consagré» (1, 5).

Y sobre todo, esa consagración ¿no le ha dado acaso un corazón nuevo? Por eso la larga tragedia en que se debate lo deja finalmente vencedor de sí mismo; o mejor dicho, deja que Yahvé consiga en él la victoria. Y si se piensa en todo aquello sobre lo que ha tenido que triunfar, no podemos menos de admirarlo cuando exclama con fervor:

«Mas tú, Yahvé, me conoces a mí, me ves;  
pruebas mi corazón y ves que está contigo» (12, 3);

o también cuando murmura, lleno de amor:

«¡Tú *eres mi gloria!*» (17, 14); o cuando se le sorprende escuchando ávidamente, por encima del tumulto de la gente y del griterío de sus enemigos, la voz de la eterna verdad:

«Cuando se presentaban tus palabras, yo las devoraba;  
tu palabra era mi delicia, la alegría de mi corazón» (15, 16).

Siempre el corazón. El corazón que le ha dado Yahvé, para que el profeta se lo ofrezca en ofrenda integral.

El itinerario que Israel no supo seguir, el itinerario tan sencillo y tan difícil que conduce a todo hombre hasta Dios, el itinerario finalmente en que, Jeremías, a pesar de las repugnancias de su naturaleza y de sus vacilaciones pasajeras, había ido avanzando heroicamente, en la docilidad confiada de su fe, lo convirtió en el hombre que Dios quería. Entonces la experiencia de Dios podrá proseguir.

Si Jeremías es inseparable del viejo Israel ante la justicia de Dios que parece pedirle cuentas de sus errores como si fuera responsable de ellos, Yahvé lo va a aislar para enseñarle una nueva actitud religiosa: ¿no será menester que, en ese suelo virgen que él tiene que explotar, se encuentre totalmente solo?

Este aislamiento se debe, ante todo, al hecho mismo de que ha sido escogido: toda elección es necesariamente un alejamiento. Esta ley, verdadera para Israel, lo es mucho más para Jeremías, que es precisamente ese vínculo de unión entre un mundo en su ocaso y un mundo que va a nacer. El Israel de la antigua alianza ha entrado en la noche.

De esta forma, Jeremías entra, por sí mismo, en ese aislamiento crepuscular:  
«Bajo el peso de tu mano, he estado solitario» (15, 17).

Había, en efecto, una sociedad perversa, cuya despreocupación y cuya indiferencia inconstante él no podía continuar ni compartir:  
«Jamás he tomado parte  
en una reunión de burlones» (15, 17).

Por otra parte, si se entregó a sufrir la suerte de Israel, estaba plenamente consciente de que Yahvé no quería que se asociase a sus regocijos ni a sus duelos. ¿Para qué participar en ellos, cuando el espectro de la muerte está detrás de este pueblo tan orgulloso de vivir? ¿Para qué entrar en una casa en donde se celebra un duelo, si Yahvé ha retirado de Israel su paz, su favor y su misericordia? (16, 5). ¿Para qué penetrar en una casa en donde «se hace fiesta», si Yahvé va a hacer cesar «los gritos de júbilo y alegría»? (16, 8). ¿Para qué incluso «casarse y tener hijos e hijas», si «van a morir de mala muerte, sin que se les lllore ni tengan sepultura»? (16, 2-4).

Lo que le mantiene apartado de Judá es también la cólera, esa cólera de Yahvé que anida en su propio ánimo:  
«Estoy lleno del furor de Yahvé,  
cansado estoy de contenerlo» (6, 11).

En algunos momentos, él odia realmente -el odio está muy cerca del amor- a ese pueblo que es incapaz de acoger la palabra salvadora. Por otra parte, ¿no se lo había ya predicho

Yahvé? «Tú les dirás todas estas cosas, pero no te escucharán; los llamarás y no responderán... La fidelidad ha muerto, ha desaparecido de su boca» (7, 27-28).

¿Acaso puede dejar de sentir aversión contra el que sólo sabe responder con la más negra ingratitud a tanta abnegación?

«¿Acaso se devuelve mal por bien?» (18, 20).

Esta soledad, finalmente, que le impone Yahvé y que él busca por fidelidad a su Dios, es además algo que le imponen sus mismos compatriotas.

Se apartan de él por escepticismo:

«Mira cómo me dicen:

'¿Dónde está la palabra de Yahvé?'"» (17, 15).

No toman en serio sus más graves advertencias:

«Ved, la palabra de Yahvé es para ellos objeto de irrisión» (6,10).

El mismo se convierte en objeto de burla. Recordemos la virulencia que toma en oriente la risa; el que es víctima de ella, podemos decir que queda desterrado de la sociedad:

«La palabra de Yahvé es para mí  
oprobio y befa todo el día» (20, 8).

Y lo que es peor, la palabra de vida y de amor que él va sembrando a manos llenas no hace más que suscitar odio y discordia; y él es el primero en sufrirlo:

«¡Ay de mí, madre mía, que me engendraste  
hombre de querrela y discordia para todo el país!  
«Todos me maldicen» (15, 10).

Sus amigos no son los últimos en hacer coro contra él: «Todos los que eran mis amigos  
acechaban mi traspiés» (20, 10).

Incluso sus familiares le abandonan, no sin cierta perfidia:

«Pues hasta tus hermanos y tu familia te traicionan.  
Ellos mismos, por detrás, te critican sin ambages» (12, 6).

Soledad de hecho, soledad de fidelidad a su Dios, soledad de una sabiduría desesperada. Soledad totalmente llena de decepción y de angustia, de irritación y de dolor. Y está bien que así sea: Jeremías está totalmente solo en ese camino por donde Dios le espera.

Puesto que es rechazado por todos y él mismo se siente «sin pareja» por su misión, ¿hacia quién se volverá sino hacia aquel que le conduce? ¿En dónde encontrará consuelo y aliento? ¿Hacia dónde lo llevará su necesidad insaciable de cariño, sino hacia aquel que ya llena su corazón? Este aislamiento tan cruel para su sensibilidad lo arroja por entero en la intimidad de Yahvé. Y allí es donde va a culminar la experiencia divina.



No tiene más interlocutor ni más confidente que Dios. Y el diálogo con el Altísimo le hace vivir en adelante ese culto personal, del que hasta entonces no había sido más que el predicador.

¡Cómo le gustaba rezar en el templo con la comunidad! Allí se reunían los hijos de Israel para estar ante Yahvé, mientras se desarrollaban con toda la pompa tradicional las ceremonias oficiales y se alzaban los himnos familiares al sonido de los instrumentos.

Pero he aquí que Jeremías es echado del templo: ¿no se ha atrevido a anunciar que Yahvé traicionaría a su casa lo mismo que había hecho con Silo (7,12 y 26,6)? Por tanto, ha de apartarse de aquellas ceremonias que le llegaban al corazón. No le queda más remedio que prescindir de las oraciones litúrgicas.

Recorre entonces, con toda naturalidad, a sus recuerdos, utilizándolos con mayor o menor acierto: estiquios grabados en su memoria a fuerza de haberlos escuchado mil veces, viejos clichés amontonados con que alimenta su plegaria.

Así es como hace suya, con cierta admiración para nosotros, la oración de los enfermos impacientes por verse libres del genio malo por el que se creen perseguidos:

«Cúrame, oh Yahvé, y quedaré curado;  
sálvame y seré salvo» (17,14).

Para traducir la angustia que le oprime, cuando se ve perseguido, acude a la imagen insólita de la fosa en donde el enemigo del justo intenta hacerle caer:

«Están cavando una fosa para mí» (18, 20); o bien a la de la red que insidiosamente tienden a su paso para que se enrede en ella:

«Han ocultado lazos a mis pies» (18, 22).

Contra estos enemigos lanza imprecaciones con las que se imagina reducirlos a la impotencia:

«¡Entrega, pues, a sus hijos al hambre,  
abandónalos a merced de la espada!  
¡Quédense sus mujeres  
sin hijos y sin marido!» (18, 21).

Y toma un tono sapiencial para afirmar su fe y su esperanza:

«¡Bendito el hombre que confía en Yahvé,  
que en Yahvé pone su confianza!» (17, 7).

Y cuando quiere alabar a Yahvé, canta él solo la *tddá*, aquella acción de gracias que entonaban, junto al altar, los desgraciados liberados de sus males:

«Cantad a Yahvé,  
alabad a Yahvé,  
porque él libra al alma del pobre  
de la mano de los malvados» (20,13).

Como vemos, el gran diálogo se entabla muy humildemente; y pensamos un poco en aquellas buenas personas que, después de haberse olvidado, por los senderos de la vida, del Dios de su infancia, sienten en su desvalimiento, el día menos pensado, la necesidad de hablar con él; y encuentran entonces en sus recuerdos, u hojeando al azar alguna hoja parroquial llena de polvo, aquellas viejas fórmulas de oraciones, que ahora adaptan *más o menos* bien a sus necesidades. Podemos sonreírnos ante esa escena, pero se trata en el fondo de balbuceos que suben hasta Dios, más ricos en su intención que en su contenido verbal. Por su parte, Jeremías no se había olvidado nunca de su Dios, pero tenía que buscar para él algo que nadie le había podido enseñar: las palabras directas y verdaderas, con resonancias profundas, que tradujesen su deseo de unirse con él.

Titubeos profundamente conmovedores, por otra parte, lo mismo que cualquier búsqueda sincera de una expresión fiel. Entretanto no podían dejar más pronto o más tarde de dar a un sentimiento tan intenso como el de Jeremías unas modulaciones menos convencionales.

Poco a poco, la queja del profeta se separa de las fórmulas *katapeploumenai*, como dice de manera imaginada Platón. Su verbo se afirma y se afina, su lengua se hace personal y directa; el diálogo va a proseguir, más vigoroso y más puro.

Para definir hasta qué punto Dios se ha apoderado de él, encuentra palabras propias, que brotan de lo mejor de sí mismo:

«Tú me has seducido, Yahvé,  
y yo me he dejado seducir» (20, 7).

Plantea en términos sencillos, sin duda, pero capaces de traducir su inquietud más íntima, el irritante problema de la retribución que tan magníficamente orquestaría más tarde Job:

«Harto justo eres tú, Yahvé,  
para que yo trate de litigar contigo.  
No obstante, quería sólo ante ti  
ventilar un caso de justicia:  
¿Por qué los impíos prosperan en sus caminos?» (12,1).

Y qué acentos tan patéticos adquiere su gemido cuando le pregunta a Yahvé:

«¿Por qué mi dolor no tiene fin?  
¿Por qué mi herida es incurable,  
indócil al remedio?  
¿Vas a ser para mí como un arroyo engañador  
de aguas que defraudan?» (15, 18); o cuando conjura a Yahvé para que reconozca que, si  
sufre, es precisamente por causa de él:  
«Piensa que por tu amor soporto tanto ultraje» (15, 15b).

Estamos aquí muy lejos de las fórmulas estereotipadas. Escuchémosle una vez más cómo intercede humildemente por su pueblo criminal:

«Bien sé, oh Yahvé,  
que el camino del hombre no está en sus manos  
y que no depende del hombre que camina

enderezar sus pasos.  
Castígame, oh Yahvé,  
pero con justa medida  
y no según tu cólera,  
no sea que me aniquiles» (10, 23-24).

No cabe duda de que el estilo de Jeremías está desprovisto de aquel esplendor sombrío y de aquella vehemencia apasionada de Job, pero las cualidades puramente literarias son secundarias en este caso. Por lo menos la expresión es verdaderamente personal, y esto es lo que importa. En su diálogo ha rechazado cualquier préstamo oportunista para adquirir la espontaneidad que establece ese trato cordial con Dios. Por primera vez ha resultado esa plegaria interior que, sin testigos humanos, brota del fondo del alma y sube en su simplicidad y en su sinceridad hasta el Dios que estaba acechando el momento de su aparición.

Ha tenido éxito así aquella gran experiencia en la medida de lo *posible*. *Mientras que Yahvé no había conseguido apoderarse todavía*, del corazón del hombre, he aquí que su elegido ha respondido abriéndole de par en par el suyo. Ha nacido el hombre nuevo, aquel con el que Dios establecerá su alianza.

Y ese hombre nuevo, prototipo de la humanidad venidera, se ha creado un lenguaje capaz de responder a la palabra del amor que, como dirá algún día Juan de Yepes, en una fórmula impresionante, se pronuncia en silencio eternamente.

Y ha tenido tanto éxito esa experiencia maravillosa que, hasta el momento en que la aurora deje su sitio al día, los *anawim*, posteridad directa de Jeremías, sabrán cómo buscar a Dios y cómo hablarle.

Entonces, el amor perfecto, arrancándose de su eternidad para entrar en el tiempo y abrir allí su surco deslumbrante, podrá fundar con su sacrificio triunfal el pueblo nuevo, el verdadero Israel de la promesa, la iglesia, de la que será para siempre la cabeza y el corazón. Isaías domina a todos los profetas y quizás a todo el Antiguo Testamento, exceptuando a Job, por la fuerza de sus evocaciones, la energía de sus apostrofes y el esplendor de su expresión; pero, si bien el libro de Jeremías es de un valor literario menos singular, su grandeza indiscutible y sin par consiste en haber revelado la exigencia plena de Dios, que es la de obtener del hombre una adhesión integral, incondicional y perpetua del corazón; y el haber permitido de este modo a la persona humana desarrollarse libre de toda estrechez sociológica, en un clima puramente espiritual.

Efectivamente, todo sistema religioso que no exija la conversión del corazón, aun cuando cree una comunidad de creyentes, le impide al alma desarrollarse plenamente, ya que la «despersonaliza». Si a ello se añade la presión social, la creencia de los individuos se estrecha en una especie de fanatismo ciego. En cuanto a la oración, no consigue entonces

desprenderse del gesto espectacular, cuya grandeza se exalta a veces injustamente: no rezamos para atestiguar nuestra fe ante los ojos de los hombres, sino para encontrarnos sin testigos ante Dios.

Gracias a Jeremías, conoce ahora el mundo el trato cordial, íntimo y secreto con Dios, sin que se interponga ninguna criatura; aquel trato que recomendará Jesús:

«Tú, en cambio, cuando reces, entra en tu habitación y, habiendo cerrado la puerta, ora a tu Padre, que está presente en el secreto» (Mt 6, 6).

Cuando, por fin, Yahvé mantiene a Jeremías solo en su presencia, es cuando de verdad lo ha establecido «para arrancar y destruir, para edificar y plantar» (1, 10).

No hay que sorprenderse de que sólo los siglos venideros hayan revelado lo que efectivamente él «edificó y plantó». Cuando Cristo muera en la cruz, ni los judíos, ni los apóstoles o discípulos comprenderán tampoco las repercusiones indefinidas de esa muerte, que a sus miradas de odio o de desolación no hacía más que hacer patente su ignominia.

Es que todas las grandes obras de Dios se hacen en medio del desamparo. En su destino, que parecía ser un largo fracaso, Jeremías será el padre de una comunidad nueva, así como Cristo, de quien es la figura más precisa y conmovedora, hará nacer de su sangre a la iglesia, el Israel definitivo; ¿no es acaso, según el pensamiento paulino, en la soledad de la cruz donde se traduce y se abre a dimensiones nuevas y universales el drama de Israel?

## **PLAN DE LECTURA**

El libro de Jeremías sigue planteando a los exégetas muchos problemas, cuya solución sin embargo no afecta a lo que nos hemos propuesto. Y en primer lugar, nos ha llegado bajo dos formas, el texto griego y el texto hebreo, diferenciándose sensiblemente el primero del segundo por su mayor brevedad y por la manera original con que dispone los materiales.

En efecto, los Setenta sitúan los oráculos contra las naciones después de 25, 13, cuando la masora los agrupa al final del libro. El texto griego, al obrar así, atestigua una forma más primitiva del libro, conforme con la de los corpus antiguos de la literatura profética: al principio, las amenazas contra Israel; luego, los oráculos contra las naciones; finalmente, las promesas relativas a Israel.

Por otra parte, los discípulos dejaron sobre su maestro relatos que cubren casi la cuarta parte de la obra. Los añadidos y amplificaciones afectan sobre todo, como en los demás escritos proféticos, a los oráculos contra las naciones extranjeras (c. 46-52), a los que hay que añadir 12,14-17 y 25, 13-38. De este modo quedan glosados totalmente los c. 50-51 o en parte (c. 48). Para el resto del libro, por mucha importancia que se les conceda a los redactores del texto en su estado actual, sólo hay que contar con un número relativamente poco elevado de interpolaciones y de complementos (10, 1-16; 16, 19-21; 17, 19-27; 31, 38-40; 32, 17-23 y 33, 14-26).

Las invectivas contra las naciones, auténticas o no, son bastante poco representativas del mensaje del profeta en su especificidad. Por tanto, no nos detendremos en ellas. La razón que se da de esta acción de Yahvé contra el mundo exterior, es que éste no podría sobrevivir a la ciudad santa (25, 29), por lo que hay que pensar que habrá de renacer con ella (12, 15-16; 46, 26; 48, 47; 49, 6.39).

Para facilitar la lectura y el estudio fructuoso del libro, no tomaremos en cuenta tanto el plan actual del escrito como el lugar que le corresponde a cada pieza en la cronología de la vida del profeta. A falta de argumentos convincentes en sentido contrario, nos atendremos en este punto a las tesis consideradas como clásicas.

## **1. EN TIEMPOS DE JOSÍAS** 626-609

Habitualmente, se sitúa antes de la muerte del gran rey reformador la primera parte de lo que se dictó a Baruc por parte de Jeremías en el año 605, es decir: 1, 4-19, la vocación de Jeremías; c. 2-6, las llamadas a la conversión; 30,1-31, 22, las promesas de restauración relativas al reino del norte.

### • *Vocación de Jeremías* 1, 4-19

El primer capítulo está constituido por dos elementos: la vocación propiamente dicha del profeta (1,4-10.17-19), fechada según el título (1,2) en el año decimotercero del reinado de Josías, o sea, en el año 626, y dos visiones amenazadoras (1,11-16) encajadas allí.

Se reconocerán fácilmente en este relato de la vocación de Jeremías los elementos constitutivos de toda revelación inaugural: la elección del profeta (5-9), su misión (10) y la acogida hostil que se le reservará (17-19). Por lo que se refiere a las dos visiones, sólo son cosas observadas por el profeta de las que, como en el caso de Amos, da Yahvé la interpretación: una rama de almendro (11-12), una olla hirviendo y desequilibrada por el lado norte (13-16), signos los dos del carácter irrevocable de las amenazas de Yahvé contra su pueblo.

### • *Amenazas contra Israel* c. 2-6

Dejando aparte 3, 6-18, que hay que situar más tarde en la carrera del profeta, el conjunto c. 2-6 se presenta como un eco de la predicación de Jeremías antes de la reforma de Josías, esto es, del 626 al 622. Se trata de una colección de piezas que poseen cierta unidad temática y estilística, cuyos contornos sin embargo siguen siendo difíciles de delimitar.

Basándose en el punto de la acusación que se destaca, podemos distinguir cinco discursos y una conclusión: a) el proceso al Israel infiel (c. 2); b) llamada a la conversión (3-4, 4); c) anuncio de la catástrofe (4, 5-31); d) resistencia de Israel (c. 5); e) la invasión que llega del norte (6, 1-26); f) conclusión (6,27-30). Los dos primeros son introducidos por el título «Se

me dirigió la palabra de Yahvé en estos términos» (2, 1; 3, 1). Varios imperativos marcan el comienzo de los siguientes (4, 5; 5, 1; 6, 1). La fórmula «Así habla Yahvé» aparece con insistencia en el último discurso (6, 6.9.16.21.22), mientras que sólo aparece incidentalmente en los otros (2, 2.5; 4, 3; 5, 14).

a) El alegato (*rib*: 2, 9.29) contra el Israel infiel está inspirado en Oseas (2, 4-17) y ocupa todo el c. 2. El tono es ciertamente nuevo, pero el discurso se desarrolla según un esquema conocido. Yahvé toma allí a las naciones extranjeras (10) y a los mismos cielos (12) como testigos de cargo.

El pueblo elegido, evidentemente, no tiene nada que reprocharle (5.29.31) a un Dios que ha hecho todo lo posible por él (6-7.21); lo perderá todo si lo abandona (11.13.28), y eso sería además una traición flagrante (20.33- 34), a pesar de las protestas del acusado (23.35), al que su actitud no puede menos de resultar fatal (14-16.19).

b) Aunque sea anormal que un hombre vuelva a tomar a la mujer que ha profanado la separación (3,1), Israel hace subir su petición de perdón al padre (4.21-22), cuyo amor ha traicionado (20). Es que los acontecimientos le han obligado a ver su ingratitud (23-25). Pero Dios le exige más a Israel después de su infidelidad: quiere la seguridad de una fidelidad sin fallos, una conversión que sea «circuncisión del corazón» (4,1-4).

c) El tono cambia brutalmente en 4, 5 con el anuncio de la catástrofe (5-6) que va a causar el exterminador de los pueblos (7). Ante el asombro general de reyes, profetas y sacerdotes (9), la borrasca lo barrerá todo; esos carros que se agitan con un ruido de trueno (12-13) no son más que la manifestación del juicio de Yahvé (12) ordenando a Jerusalén que se purifique de su corazón corrompido (14), ya que la calamidad que le acecha es el fruto de su rebeldía contra Dios (17-18). Conmovido hasta las entrañas por los prolegómenos de la catástrofe (19-20), el profeta atribuye su causa a la falta de sabiduría del pueblo de Yahvé (22). Para acabar, ya no le quedará a Sión más que sucumbir gritando bajo los golpes de sus asesinos (31).

d) El rechazo opuesto por Jerusalén a las advertencias de su Dios parece ser el tema central del c. 5. No se encuentra en la ciudad a nadie, desde los más pequeños hasta los más viejos (4-5), que quiera entrar por el camino de la conversión (1-3). Yahvé, traicionado, se vengará de la obstinación de sus hijos (6-11) que no quieren creer en las desgracias con que se les amenaza (12-13); sin embargo, la decisión de Dios de acabar con los suyos ya ha sido adoptada (14-17). La vinculación de este pasaje con el siguiente (18-25) no es evidente: Yahvé invita en él al pueblo que no quiere saber nada ni comprender nada a que le tema a él, el dueño de la creación (22), el único capaz de dar vida a la tierra (24). Para terminar, el capítulo denuncia la iniquidad que se ha establecido en el país (26-30) bajo la mirada de complicidad de los profetas y de los sacerdotes (31).

e) Este discurso comienza (6,1-5) y acaba (22-26) con la evocación de la invasión devastadora que viene del norte; semejante catástrofe encuentra su explicación en la

corrupción generalizada que reina en Jerusalén (6- 7.13.15). Este discurso conminatorio quiere ser todavía, a pesar de todo, una llamada a la conversión (8.16), advertencia que el pueblo se niega a comprender (16-17) y de la que se burla (10). Sin embargo, no hay otro camino para conjurar la calamidad que se avecina; y en este asunto todos los sacrificios no servirían de nada (20).

f) La conclusión de este libro (27-30) nos introduce en el corazón del mensaje de Jeremías; no hay nada que pueda purificar a este pueblo de sus impurezas. Sometido a la prueba del fuego, no dejaría más que escorias inutilizables.

• *Restauración del Israel del norte*  
30, 1-31, 22

El mensaje de Jeremías se definió desde el principio como un mensaje de muerte y de resurrección. Por eso su libro contiene un lote de promesas (c. 30-33) que la traducción griega sitúa detrás de los oráculos contra las naciones y que figura antes en el texto hebreo. Parece ser que en la vida de Jeremías hubo dos períodos propicios para la aparición de estas perspectivas de restauración: la reforma de Josías, por una parte, y el segundo asedio de Jerusalén, por otra. En el primer caso, que interesa a nuestro párrafo, se trata del antiguo reino del norte reconquistado por Josías después del año 623. Se encuentra su evocación en 30-31,22, a los que hay que añadir 3, 6-13. Sin embargo, el editor ha añadido el nombre de Judá al de Israel en 30, 3-4, ampliando así a las doce tribus, incluido Judá, el campo de las promesas hechas al Israel del norte. Los añadidos de 30, 8-9 y 31,1 van en este mismo sentido.

Antes de entrar en la evocación del retorno, el profeta se detiene en los gritos de miseria de Jacob humillado (30, 5-7.12-15; 31, 15), pero es para predecir su fin (30, 10-11.16-17; 31, 16-19). El tono caluroso de este discurso de aliento anuncia al Segundo Isaías (en particular, 30, 10-11 y 31, 7-8.10-11). No cabe ninguna duda de que la palabra «Israel» designa aquí al antiguo estado de Samaría; su nombre figura (31,5) al lado del de Efraín (31, 6.18). La fórmula «primera de las naciones» (31, 7), por otra parte, recuerda a Amos 6, 1. No se trata evidentemente, en este caso, de la dinastía davídica; el profeta habla tan sólo de un jefe elegido por la asamblea (30, 20-21). Finalmente, detalle más significativo todavía, el profeta anuncia la subida en peregrinación a Sión de las tribus de Efraín (31,6; cf. Sal 122), un fenómeno histórico relacionado con la reforma deuteronomica.

## **2. ABANDONO DE LA REFORMA**

609-605

Si durante la reforma del año 623, el papel de Jeremías no acaba de resultar muy claro, el abandono de esta misma reforma, por el contrario, reviste una importancia decisiva y manifiesta en el desarrollo de su carrera profética. De este período, sin duda, data la primera confesión (11,18-12, 6) relativa a sus disensiones con su familia de Anatot. Efectivamente, la familia sacerdotal de Jeremías debió ser una de las primeras víctimas de la reforma

deuteronomica que predicaba. El giro político-religioso realizado por Joaquín vino así a ofrecerle la oportunidad de la revancha. Jeremías apela entonces al juicio de Yahvé (11, 19-20) con fórmulas sacadas de los salmos de este género, concretamente el 7 y el 17. El carácter injusto de los ataques de que es objeto lleva a Jeremías a abordar por primera vez en la Biblia el tema del éxito escandaloso de los malvados. Como más tarde, en el libro de Job y en los Salmos, sobre todo el Sal 73, Yahvé responde a la protesta del que se lamenta invitándole a continuar su camino (12, 5).

La predicación del profeta, cuando el abandono de la reforma, se desarrolla en una serie de discursos conminatorios dispersos por los c. 7-23 y entremezclados con algunas piezas inauténticas (10, 1-16; 11, 33; 16, 14- 16.19-21; 17,19-27) o que proceden de otro período de la vida del profeta (12, 15-17; 21, 1-10), entre ellas las cuatro confesiones que veremos más adelante (15, 10-21; 17, 12-18; 18, 18-23; 20, 7-18).

Sobre la cabeza de Judá, traidor a la alianza jurada, con sus reyes, su ciudad santa y su templo, pesa la maldición pronunciada contra los perjuros.

## • **EL FIN DE JUDÁ**

La alianza que había sido sellada con juramento por los hombres de Judá y los habitantes de Jerusalén ha quedado rota (11,1-14: trozo entremezclado con fórmulas deuteronomicas). La maldición en que han incurrido los perjuros no puede ya conjurarse. En particular, no puede menos de ser inútil el recurso a los dioses extranjeros (12). Yahvé no quiere ni oír hablar de eso (11), prohibiendo incluso a su profeta que interceda por ellos (14; cf. 7, 16-20; 14, 11). Por tanto, en adelante se mostrará sordo a las llamadas de su pueblo, sean cuales fueren la vehemencia de sus lamentaciones (14, 2-9.17-22) y la categoría de sus intercesores (15,1). La muerte de Judá está ya decidida sin remedio (10,17-22; 11,15-17; 15,2-9). Tendrá la misma suerte que la vasija estropeada que tira el alfarero (18,1-17) o que el cinturón que se ha podrido en el agua del río (13, 1-11).

Ante la ruina inevitable de su pueblo (7,29; 8,3.14-17; 9,9-10.16-21), a Jeremías no le queda más que gemir desesperadamente (8,18-23), ya que le está prohibido compartir las alegrías y las penas de unas gentes que proclama condenadas (16,1-9). Estas llamadas a la conversión, por otra parte, no tienen más oportunidad de ser oídas que las de los profetas anteriores (7, 13.24-26). Evidentemente, Israel sigue siendo imposible de convertir (13, 23), ya que el pecado está grabado en su corazón (17,1); nada ni nadie lo detendrá en su carrera loca (8, 4-7).

Los que deberían servirle de guías, los sacerdotes (8, 10; 23, 11), los sabios (8, 8-9; 9, 22-23) y sobre todo los profetas (8, 10; 14, 13-14; 23, 9-40) malgastan sus energías manteniendo la ilusión de que todo va mejor (8, 11). Por tanto, todos ellos desaparecerán en medio de la tormenta, arrastrando con ellos el fin del estado (18, 1-8).



- *Fin de la monarquía*

Con Judá desaparecerán la monarquía, la ciudad santa y su templo, esos tres pilares de la nación escogida cuya invulnerabilidad proclamaba Isaías. En efecto, a diferencia de Isaías, Jeremías no vacila en acusar directamente a los reyes para condenarlos (13,13; 11,3.4.13; 20, 5).

El proceso a la realeza ocupa incluso toda una colección (c. 21-22), a la que hay que añadir 13, 18-19. Además del episodio, más tardío, relativo a Sedecías, interpela allí a los otros hijos de Josías, a Joacaz y a Joaquín (21,11-22,19), reprochándoles en particular el que no ejercen la justicia (21,12; 23,1-3), como lo había hecho su padre (22, 15-16).

La cautividad de Joaquín (13, 18-19; 22, 20-30), el nieto del gran rey reformador, hace presagiar la caída de la monarquía. Esta colección de invectivas se concluye, sin embargo, con la perspectiva de una restauración de la dinastía davídica (23, 5-6), con el regreso del destierro (23, 7-8). Sin embargo, este oráculo resulta difícil de situar en la carrera del profeta, si es que hay que mantener su autenticidad jeremiana.

- *Contra Jerusalén*

Jerusalén no se ve mejor tratada que sus reyes. En todos los oráculos de la época de Joaquín, como por otra parte en los de la época anterior (en particular el c. 6), la suerte de Judá sigue siendo indisociable de la de Sión (7, 17.34; 11, 2.6.12; etc.); se habla incluso directamente de ella en 9, 10, donde Yahvé dice de convertirla en un montón de escombros y en una guarida de chacales. El profeta une la acción a la palabra: se va a una de las puertas de la ciudad a romper allí solemnemente un cántaro, ante los ojos de las personalidades especialmente convocadas para aquella ocasión, proclamando que del mismo modo romperá Yahvé la ciudad santa (c. 19). El pasaje sobre Tofet, en este capítulo (3-9), procede de otro contexto. Esta vez, la audacia de Jeremías provocó la reacción del sacerdote encargado de la vigilancia del templo, que ordenó encarcelar a Jeremías (20, 1-6).

- *Contra el templo*

Su predicación contra el templo, en las puertas mismas del santuario, representa sin duda el acontecimiento más importante de la carrera del profeta. El episodio se nos narra en el c. 26. La requisitoria de Jeremías provocó una especie de motín popular y sólo pudo salvar su vida gracias a la intervención de los magistrados relacionados con la reforma deuteronomica (10.24). Estos le ayudaron entonces a ocultarse para evitarle la suerte de otro profeta que había pronunciado discursos análogos (20-23).

El propio discurso está recogido en 7,1-15. Se pone allí en discusión la invulnerabilidad del santuario; la presencia de Yahvé en su morada se hace entonces condicional, ligada a la observancia por parte de Israel de las exigencias de la alianza. En lo que se refiere al decálogo, al que se alude en el v. 9, Jeremías subraya su doble aspecto: vertical -fidelidad a

Yahvé- y horizontal -práctica de la justicia-. Yahvé no se siente obligado a permanecer en Sión, como tampoco se sintió obligado a quedarse en Silo (12). De esta forma, el profeta debilita las promesas contenidas en el Salmo 78, 60.69, una composición litúrgica relacionada con la reforma de Josías.

### **3. LOS AÑOS DE CLANDESTINIDAD**

Después de este episodio en el templo, Jeremías tuvo que ocultarse y renunciar a toda actividad pública. Así envió al templo, el año 604, con ocasión de una liturgia penitencial, a su secretario Baruc a leer el rollo donde estaban consignadas las advertencias que había hecho desde el principio el profeta a Judá y a sus jefes. Este acontecimiento se nos narra en el c. 36. El rey Joaquín tiró al fuego las hojas del escrito de Baruc, de las que Jeremías ordenó hacer una nueva edición, que habría de convertirse en la parte del libro que acabamos de presentar, con el c. 25 como prólogo al libro.

Separado del resto del mundo, ya no le queda entonces más posibilidad de diálogo que la de una oración solitaria. El testimonio de ello nos lo ofrecen cuatro de las piezas llamadas «confesiones de Jeremías», la primera de las cuales ya hemos visto (11,18-12, 6): a) 15,10-21; b) 17,2-18; c) 18, 18-23; d) 20, 7, 18.

a) En el orden con que aparecen las confesiones en el libro, ésta figura en segundo lugar. La llamada al juicio de Dios toma aquí un giro muy personal. Según el esquema de los salmos de este género, el profeta comienza proclamando (15, 10-11) que la hostilidad de que es víctima no tiene justificación alguna. Las amenazas que ha proferido contra el pueblo no son obra de una malevolencia personal, ya que se ha contentado en este asunto con transmitir fielmente la palabra de Yahvé (16-17). Por tanto, se cree con derecho a protestar dirigiéndose a ese Dios al que tan bien ha servido con su enorme paciencia ante sus perseguidores (15.18). Yahvé, en respuesta, le dicta a su profeta sus condiciones para una renovación de su vocación (19-21), según los textos mismos del c. 1. Señalemos que 12-14 están fuera de contexto.

b) La siguiente confesión es mucho menos personal y sigue más de cerca el esquema de los salmos: himno de apertura (17, 12-13), súplica (14-17), imprecación contra el adversario (18). La única alusión que el profeta hace a su caso particular (16-17) se refiere a la acusación dirigida contra él de complacerse en lanzar amenazas contra su país. Repite, una vez más, que él no hace en todo este asunto más que comunicar al pie de la letra el mensaje divino (16).

c) En esta ocasión, el pasaje empieza por una exposición de la situación. Maltratado por un mundo que se niega a creer en las amenazas de muerte que se le anuncian (18,18), el profeta vuelve a afirmar que él no ha querido nunca el mal de sus compatriotas, sino que, por el contrario, no ha dejado de interceder por ellos (19-20). La imprecación (21-23) con que se cierra ritualmente el debate, se encuentra aquí más desarrollada y resulta especialmente violenta.

d) La última confesión posee una intensidad dramática que la convierte en uno de los pasajes más brillantes de la obra jeremiana. La primera parte (20, 7-13) se desarrolla según el plan clásico de un salmo de lamentación: descripción de la situación (7-10), afirmación de confianza (11-12) y, para terminar, un himno de acción de gracias (13). Al principio, entramos ya de antemano en el corazón del drama que vive Jeremías; confiesa allí su resistencia a transmitir un mensaje que lo convierte en blanco del odio universal. Con la segunda parte (20,14-18), se aleja del esquema sálmico; su maldición del día de su nacimiento anuncia el c. 3 del libro de Job; sin embargo, su formulación es más brutal, ya que la maldición se amplía al mensajero mismo que creyó anunciar de este modo una buena noticia a su padre (15-17).

#### **4. DE UN ASEDIO AL OTRO**

598-587

Con la toma de Jerusalén en el año 598, acaba para Jeremías la experiencia de la clandestinidad. Libre, finalmente, emprende de nuevo su actividad profética hasta el asedio final de la ciudad santa en el año 588. La existencia del profeta no pierde así nada de su carácter dramático, como atestiguan los c. 32 a 45 (excepto el 36). Sus discursos se citan a veces ocasionalmente, pero no se recogen expresamente en esta parte del libro, a partir del c. 24, que no formaba parte del rollo del 605 (excepto el 25).

Promovido a «siervo de Yahvé» (27, 6; cf. 25, 9), Nabucodonosor se convierte en el amo al que Judá tiene que someterse. De todas formas, no cabe ya esperar nada bueno de Jerusalén; en adelante, es hacia los desterrados de Babilonia hacia donde hay que mirar, ya que solamente allí radica la esperanza de una resurrección.

##### *• Sumisión al rey de Babilonia*

No variará la actitud de Jeremías durante estos diez años: cualquier forma de resistencia a Nabucodonosor no puede menos de resultar fatal. Fue esta posición la que en los últimos meses de asedio le hizo pasar por traidor. Se lo dice a los embajadores de las naciones vecinas que vienen a arrastrar a Judá a una coalición contra el rey de Babilonia [a] c. 27-28] y no cesará de repetirle al mismo Sedecías [b] 21,1-10; 34,1-7; 37, 3-10.17-21; 38, 14-28].

a) Jeremías se pasea con un yugo de madera sobre la nuca para significar a los embajadores extranjeros que el poder pertenece en adelante, sin discusión posible, a Nabucodonosor, a quien Yahvé ha hecho «siervo» suyo (27, 6); por tanto, la sumisión es el único medio de salvación.

Semejante toma de posición se oponía a las esperanzas de los nacionalistas amigos de la revancha que, estimulados por algunos profetas (27, 9.14), esperaban la próxima devolución de los vasos sagrados llevados a Babilonia por Nabucodonosor (16). Más vale, exclama Jeremías, que pidan a Yahvé para que no se les quite lo que les queda todavía (18-22). Uno de esos profetas va entonces a romper el yugo de Jeremías (c. 28), proclamando que así se

romperían las cadenas de Babilonia (2-4). Para cerrar este incidente, el profeta de Anatot replica con un nuevo oráculo de Yahvé: «Rompes un yugo de madera. Pues bien, voy a sustituirlo por yugos de hierro» (13).

b) Jeremías, durante el asedio, tuvo cinco veces ocasión para exponer este mismo punto de vista al rey Sedecías: nada de resistencia. La única posibilidad de sobrevivir, tanto para él como para Jerusalén, es rendirse a los caldeos.

La primera vez (21,1-10), el rey le pide a Jeremías que consulte por él a Yahvé, con la vana esperanza de obtener su intercesión. El nombre Pasjur del enviado real explica el lugar de este pasaje detrás del relato del arresto del profeta por un sacerdote del mismo nombre (20, 1-6). Luego es el mismo Jeremías el que va en busca de Sedecías para repetir la invariable consigna divina (34, 1-7). Sedecías, por su parte, envía una vez más una delegación (37, 3-10) a pedir al profeta que rece a Dios en su favor. La respuesta no se hace esperar: se marchará de nuevo el ejército egipcio que había acudido en ayuda de los sitiados, cediendo su lugar a los caldeos.

El ejército de Babilonia vuelve a atacar a la ciudad. Sedecías ordena entonces llamar en secreto a Jeremías (37, 17-20), al que habían detenido finalmente, a fin de conocer la decisión de Yahvé; la respuesta fue que sería entregado en manos del rey de Babilonia (17).

Habiendo enviado por última vez a buscar al profeta (38,14-27), el soberano escucha de sus labios la suerte que le espera a él y a todos los que seguían resistiendo (21-23).

• *El porvenir en favor de los desterrados*

La sumisión a Babilonia, que predica Jeremías, no se deriva de una opción puramente política; hay que situarla en la lógica de su mensaje: no hay nada que esperar de lo que fue el antiguo reino de Judá. Jerusalén no podrá convertirse, ya que se obstina, y seguirá obstinándose hasta el fin, en la actitud que inexorablemente le conduce a la muerte [a) 34, 8-35,19]; no hay porvenir más que para los que se encuentran desterrados [b) 24 y 29].

a) Dos incidentes que tuvieron lugar entre los dos asedios ofrecieron a Jeremías la ocasión de repetir que, al negarse a seguir las órdenes de su Dios, Jerusalén está definitivamente abocada a la muerte. En efecto, después de haber liberado a sus esclavos (34, 15), en conformidad con lo dispuesto en Dt 15, 12-18, los habitantes de Judá se volvieron para atrás, sin tener ya en cuenta los compromisos contraídos en presencia de Yahvé (16). Las imprecaciones que figuran en el ritual de toda ceremonia de alianza (18) caerán inexorablemente sobre los que han renegado de la palabra jurada (17-22).

En el capítulo siguiente, el 35, el profeta opone a la actitud de los hijos de Israel, que se niegan obstinadamente a obedecer a su Dios, la conducta de los recabitas refugiados en el templo, que, para permanecer fieles a la orden de su antepasado Jonadab, no aceptan el vino que les presentan para beber.

b) Frente a este mundo condenado sin apelación, Jeremías ve surgir otro nuevo, todavía en gestación, del lado de los cautivos en Babilonia. Yahvé le presenta al profeta delante del templo dos cestos de fruta (c. 24), como símbolo de aquellos dos pueblos, de los que uno está llamado a desaparecer y el otro a renacer con un corazón nuevo para una alianza nueva (7). Jeremías que, desde su vocación, sabía que había sido llamado para destruir y levantar (1, 10), no presenta entonces tan sólo un mensaje de muerte, sino un mensaje de muerte y de resurrección (24, 6).

Así, pues, el porvenir pertenece a los desterrados y no ya a los judíos que se habían quedado en Jerusalén, con la condición de que los primeros dejen de soñar en la supervivencia del antiguo reino (c. 29). No deben ya mirar para atrás, tal como les proponen algunos profetas y adivinos (8-9); Yahvé no realizará su plan de paz más que al cabo de setenta años (10), cuando haya sido definitivamente liquidado todo recuerdo del pasado, con la desaparición de las dos primeras generaciones.

• *Perspectiva de resurrección*  
31, 23-33, 26

Los oráculos que anuncian la resurrección de Judá se han colocado detrás de los que se referían a la restauración del reino del norte (30,1-31, 22). A diferencia de los dos capítulos [a] 32-33] expresamente ligados a las dos últimas peripecias del sitio del año 587, los diversos capítulos que componen el final del capítulo anterior [b] 31, 23.40] no llevan ninguna fecha. Sin embargo, todo induce a creer que hay que relacionarlos con la evocación del fin de Jerusalén, ya que no existe ninguna esperanza de porvenir para Israel más que a través de la muerte (31,28). Algunos desarrollos posteriores (31,38-40; 32,17b-22; 33,14-26) han venido a agrandar este conjunto, al que conviene añadir 3, 14-18.

a) Un gesto profético esboza la promesa de una restauración. Cuando ya parecía excluida para siempre toda esperanza de porvenir, Jeremías recibe paradójicamente de Yahvé la orden de comprar un terreno sobre el que tenía derecho de primer comprador. Una vez sellada debidamente el acta jurídica de compra (32,14), la operación adquiere valor de testimonio, augurando un renacimiento de la vida en el país (15). Después de haber recordado ampliamente el pasado de pecado que había causado la ruina de la ciudad (28.36), Yahvé evoca la perspectiva de un regreso de la cautividad para el establecimiento de una alianza eterna, en donde la fórmula «Ellos serán mi pueblo y yo seré su Dios» (38; cf. 24, 7; 31,31) adquirirá todo su sentido, gracias al corazón nuevo (39), recibido directamente de él por cada uno.

La exposición del mensaje continúa en 33, 1-13, aunque sin ninguna relación con la compra del terreno por el profeta, pero en el mismo marco de tiempo y de lugar. El contraste entre el espectáculo de muerte actual y la imagen futura de la paz recobrada se encuentra aquí más fuertemente marcado.

b) Los textos más importantes y más comúnmente explotados en lo que concierne a las promesas de restablecimiento son los del final del c. 31.

Después de la formulación general de un cambio de disposiciones en Yahvé frente a su pueblo (23-28), Jeremías enuncia los principios básicos que abren la economía de una nueva era. Y en primer lugar, el de la retribución individual (29-30), que Ezequiel desarrollará con mayor amplitud y cuya formulación es necesaria para que se pueda evocar la conversión que exige la alianza nueva (31-32), en la que la ley estará grabada en el corazón de todos (33).

De este modo surgirá el mundo rehecho por Dios, en conformidad con la ley general del perdón divino, establecido con mayor firmeza que aquel en que había fallado el hombre; porque esta vez Yahvé no rechazará ya a su pueblo (35-37).